

camatzin vino á dar el mensaje, mas sin acabarle de oír Coanacochtzin mandó hacerle pedazos. Mirando Cortés la tardanza del enviado, despachó nuevo mensajero y para autorizarle le hizo acompañar por el príncipe Cuicuitzcatzin, á la sazón retenido como preso en Tlaxcalla; aunque electo rey por el mismo Cortés, y sacado de México en la Noche triste, de ningun provecho había sido para los castellanos. Cuicuitzcatzin vino á Texcoco, dió su embajada y apenas escuchado por su hermano le puso en prision; prévia consulta con el rey de México, teniéndole por espía de los blancos, fué condenado á muerte é igualmente despedazado. (1) Así pereció el rey intruso Cuicuitzcatzin á manos de la justicia de los suyos, despreciado por los conquistadores, sin lucimiento y sin honra. Al penetrar los castellanos en el Valle, sin elementos Coanacoch para defender la ciudad, envió una embajada á los blancos para ganar tiempo, huyendo en seguida á México con todos sus parciales.

Respecto de Ixtlilxochitl, luego que tuvo noticia de haberse movido los blancos de Tlaxcalla, les salió al encuentro en Tlepehuacan, como ya hemos dicho. Recordaremos no era aquella la primera vez en que se presentaba á ofrecer su amistad á los invasores, los cuales le habían tratado con despego y frialdad: no obstante haber sufrido el mismo trato en ésta ocasion, quedóse al lado de Cortés, le condujo á Contepec haciéndole dar buena acogida, acompañándole luego á Texcoco, á cuya ciudad penetró á la sombra de los blancos. Ayudó á éstos en aquella tarde, ya en darles buen alojamiento, ya en contener á los fugitivos que salían de la ciudad. (2)

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim, cap. 91. MS. Seguimos la version del cronista de Texcoco, quien ademas de pertenecer á aquella familia real, escribía por los informes de los ancianos y las antiguas pinturas, ademas de seguir en esto una relacion contemporánea á la conquista escrita por un tlaxcaltecatl. Cortés, Cartas de Relac. pág. 197, dice: "al tiempo que yo llegué á la provincia de Tlaxcaltecas, teniéndolo en son de preso, se soltó, y se volvió á la dicha ciudad de Tesaico."—Cuicuitzcatzin, de *cuicuitzcatl*, golondrina, es el Cucascacin de Cortés, quien tambien le nombra Ipacsuchil ó Ipaxochitl. Teepaxochitl le llama el historiador texcocano. Cuxcuxca le nombra Bernal Díaz.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim, cap. 91. MS.

CAPITULO II.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Reyes intrusos de Acolhuacan.—Tecocoltzin.—Sumision de Coatlíchan, Huexotla y Atenco.—Saqueo de Itzapalapan.—Sumision de Otompa.—Entréganse los de la provincia de Chalco.—Muerte de Tecocoltzin.—Jura en Texcoco de Ahuaxpitzactzin.—Ixtlilxochitl.—Canal para los bergantines.—Escaramuzas.—Socorros frecuentes pedidos por los aliados.—Juan Yuste.—Matanza en Calpullalpan.—Sandoval encuentra el convoy.—El convoy.—Entrada en Texcoco.

III calli 1521. La noche pasaron los castellanos con suma vigilancia, prestos á rechazar cualesquiera sorpresas. Al dia siguiente, primero del año 1521, aprovechándose el general de la huida del rey legítimo, hizo reunir á los nobles que en la ciudad quedaban, á fin de destituir á Coanacochtzin, nombrando en su lugar nuevo monarca. La eleccion recayó en Tecocoltzin, hijo bastardo del rey Nezahualpilli, quien se mostró dócil instrumento de los

extranjeros. (1) Aunque Ixtlilxochitl estaba presente, despues de otros muchos recibió éste nuevo y merecido desaire.

La ocupacion de la capital, la eleccion del nuevo rey por mandato de D. Hernando, pusieron á disposicion de los blancos el reino de Acolhuacan. En efecto, tres dias despues se presentaron los señores de Coatlichan, Huexotla y Atenco, pidiendo se les perdonase la ausencia que de sus ciudades habían hecho, prometiendo no reincidirían en la misma falta; el general los recibió con agrado, otorgándoles el perdon con tal que retornasen á sus hogares con sus mujeres é hijos; ofrecieronlo así, retirándose á sus tierras, aunque al parecer no muy contentos. Los méxica, que así por tierra como por agua espianaban á sus enemigos, sabedores de la defeccion de aquellos pueblos les mandaron mensajeros á afearlos su conducta, amenazándoles de ir bien pronto á destruir á ellos y á sus aliados blancos y tlaxcalteca. Los de Coatlichan y Huexotla prendieron á los embajadores, los ataron y condujeron á Texcoco á presencia de Cortés: púsolos éste en libertad diciéndoles: "que no tuviesen temor, "porque yo los quería tornar á embiar á Temixtitan, y que les rogaba que dijésen á los señores, que yo no quería guerra con ellos, "aunque tenía mucha razon, y que fuésemos amigos como ántes lo "habíamos sido; y por más los asegurar y traer al servicio de V. M. "les embié á decir que bien sabía, que los principales que habían "sido en hacerme la guerra pasada, eran ya muertos; y que lo pasado "fuese pasado, y que no quisiesen dar causa á que destruya sus "tierras y ciudades, porque me pesaba mucho dello: y con esto solté "té á estos mensajeros y se fueron, prometiendo de me traer respuéstá." (2) No volvieron los méxica, quedando los aculhua declarados enemigos suyos.

Ocho dias despues, empleados en fortalecer la ciudad y acopiar vituallas, mirando el general que el enemigo no combatía el lugar y que la manutencion de tanta gente era gravosa para los habitantes,

(1) Bernal Díaz, cap. CXXXVII.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 91. MS.—En el Mapa Tlotzin consta entre los reyes de Texcoco, D. Hernando Tecohcohtzin como sucesor de Coanacoch, sin mencionarse entre ambos á Cuicuitzeatl. No nos atrevemos á dar la etimología del nombre, por no entender el signo geroglífico, titubeando entre si se deriva de *tecol*, abuelo; *tecoco*, cosa que escuesce ó duele; de *tecoliani*, aborrecedor, &c.

(2) Cartas de Relac. pág. 192—93.—Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

resolvió tomar la ofensiva. El lugar escogido para hacer la correría fué la ciudad de Ixtapalapan, lugar perteneciente á México, de donde fue señor el emperador Cuitlahuatzin; á esta causa debió la preferencia y á mostrarse enemigo de los blancos, segun dice Cortés mismo. Salieron al campo conducidos por D. Hernando, los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, con diez y ocho de caballo, treinta ballesteros, diez escopeteros, doscientos peones, gran número de tlaxcalteca y veinte capitanías de aculhua afrontadas por Teococoltzin. El ejército tomó rumbo al S. costeano la orilla oriental del lago de Texcoco, llegando sin tropiezo hasta unas dos leguas ántes del término de la jornada; entónces, así por tierra como en canoas sobre el agua, se presentaron los moradores, reforzados por ocho mil guerreros méxica, trabándose un porfiado y reñido combate con pérdidas de ambas partes: cargados con desnudo por la caballería resistieron poco, se dieron á huir aceleradamente por la ciudad, metiéndose en ella revueltos con los vencedores. La huida en realidad fue para meter á los blancos en una emboscada. Construida Itztapalapan en la márgen del lago, las casas unas en el agua, las otras en tierra firme, quedaban defendidas de las inundaciones por medio de un dique que represaba la laguna salada; roto el dique é inundado el suelo, los aliados quedarían rodeados por aguas y perecerían anegados.

Los fugitivos abandonaron las casas de tierra firme, refugándose en las construidas sobre el agua en donde opusieron una tenaz resistencia; á tiempo necesario huyeron por la calzada, ó en las canoas, dejando la ciudad á merced de los vencedores. Estos saquearon las casas recogiendo inmenso botin, principalmente los tlaxcalteca y aculhua mataron más de seis mil entre hombres, mujeres y niños, poniendo fuego en seguida á las habitaciones. Cerrada la noche Cortés recogió á sus hombres con intento de pernoctar ahí; de improviso los aculhua avisaron de la creciente de las aguas; recordó D. Hernando haber visto en la mañana muchos hombres en los acalili ocupados trabajando en el dique, comprendió el peligro é inmediatamente dió las órdenes para salirse al campo: era tiempo, si pasan tres horas más ninguno quedara con vida. La noche era oscura, no obstante estar alumbrando un tanto el incendio; el campo estaba inundado, la corriente era fuerte, causas por las cuales se pudo alcanzar la tierra firme con suma dificultad, ahogados muchos ami-

gos, perdido todo el despojo, mojada la pólvora. Como el paso fué á volapié, á las nueve de la noche, el ejército tuvo que quedarse al raso, cerca de la orilla, mojado y manchado de lodo, sin alimento y oyendo las gritas y burla de los tenochca. "Y cuando amaneció nos dan tanta guerra, que harto teníamos que nos sustentar contra ellos, no nos desbaratasen; é mataron dos soldados é un caballo, é hirieron otros muchos, así de nuestros soldados como tlaxcaltecas, y poco á poco aflojaron en la guerra, y nos volvimos á Texcuco medio afrentados de la burla y ardid de echarnos al agua y también como no ganábamos mucha reputacion en la batalla, porque no había pólvora." (1) La ciudad quedó destruida y era una de las principales de las orillas del lago, segun la describe el conquistador la primera vez que la visitó.

Hacia mediados de Enero vinieron á darse por vasallos los de Otompa, con otros pueblos de su comarca; disculpáronse en haber tomado parte en la batalla de aquel nombre, pero que no había sido con su voluntad, sino por mandato de los de culhua; avisaron haberles ido á ver los mensajeros de los méxica, pidiéndoles su amistad para combatir á los blancos. Perdonólos D. Hernando, á condicion de traerle á los enviados tenochca que habían ido á solicitar su amistad y á los naturales de Tenochitlan que anduvieran por sus tierras. Sin duda cumplieron la condicion, supuesto decir de ellos el conquistador: "de ahí adelante siempre han sido, y son leales, y obedientes al servicio de V. M." (2)

Desde que los castellanos penetraron en el Valle, Cuauchtemoc redoblaba sus esfuerzos, multiplicándose por todas partes. Los méxica unidos por el pensamiento religioso y el de la nacionalidad, obraban de consuno, sin vacilacion ni miedo; si antes hubo algunos partidarios de los teules habían desaparecido, quedando sólo ciudadanos resueltos á morir antes que rendirse. Multiplicábanse en la ciudad los medios de defensa, se fabricaban armas, se acopiaban víveres, bien que estos era preciso salir á buscarlos á la tierra firme, en donde no los había abundantes y costaba conseguirlos combates ó extorsiones. En cuanto á los guerreros, todavía permanecían due-

(1) Bernal Díaz, cap. CXXXVIII.—Cartas de Relac. págs. 194—95.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. II.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. XVIII.—Ixtlilxochitl, cap. 92. MS.

(2) Cartas de Relac. págs. 196—97.—Bernal Díaz, cap. CXXXIX.

ños de las aguas de los lagos; dividido el ejército en escuadrones ocupaba las provincias de fe dudosa, recorría los campos interrumpiendo las comunicaciones, merodeaba en tierras de los enemigos, espiaba los movimientos de los blancos y daba muerte á los aliados ó los tomaba prisioneros para irlos á sacrificar al terrible Huitzilopochtli. Con Texcoco se habían perdido los pueblos de la orilla oriental del lago y todos los de aquel reino al E. y al NE.; con más todos los otomies alborotados años hacia por el bullicioso Ixtlilxochitl: en México estaba refugiado un buen número de aculhua fiel á su rey Coanacohtzin y contábase ademas con los tepaneca, mandados por Tettlepanquetzaltzin, á escepcion de los montañeses mazahua que permanecían retraídos. Cuauhtemoc buscaba activamente socorro en las provincias, respondiéndole bien pocos al llamamiento patriótico. (1)

Al dia siguiente de su vuelta de Itztapalapan, Cortés puso en campaña á Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo con veinte de á caballo, doscientos peones entre ballesteros, escopeteros y rodeleros. Dos objetos llevaba la expedicion. El primero, sacar hasta la frontera de Tlaxcalla los aliados que á su casa volvían, cargados de los despojos tomados en la guerra, poniendo tambien en salvo ciertos mensajeros, destinados unos á la Villa Rica con encargo de informar á la guarnicion de lo hasta entónces ocurrido y pedir al comandante los hombres útiles para el servicio; los otros que iban á Tlaxcalla á informarse de si estaban ya terminados los bergantines. El segundo objeto era prestar socorro á los pueblos de Chalco y de Mixquic, cuyos señores habían significado querer ser amigos de los blancos, lo cual les impedía la guarnicion de los méxica. Sandoval siguió las costas orientales del lago, se puso á la vanguardia del convoy, dejando en la rezaga á los tlaxcalteca y huexotzinca, protegidos por cinco jinetes é igual número de ballesteros. Descubiertos desde el lago por los méxica, acudieron en muchedumbre en sus canoas, desembarcaron sobre la ribera y atacaron bruscamente la retaguardia, la embestida fué tan fuerte y eficaz, que mataron dos ballesteros, hirieron á los restantes hombres y caballos, é hicieron gran matanza en los aliados, quitándoles el despojo que llevaban. Informado Sandoval del descalabro vino en socorro de los

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 91. MS.

suyos, logró sacar del campo á los victoriosos tenochca hasta meterlos de nuevo en el agua, puso en salvo los restos del convoy y le llevó en seguridad hasta la frontera de Tlaxcalla. (1)

Desempeñada así la primera parte de su cometido, Sandoval se dirigió á Chalco. Los de la provincia, de la misma lengua que los de México, pertenecían á distinta tribu. Los hemos visto ser constantes enemigos de los tenochca, resistiendo la conquista con tenacidad heróica, insurreccionándose repetidas veces, hasta que al fin vencidos llevaron siempre impacientes el pesado yugo de México: en su ódio, no era extraño verlos ocurrir á los blancos para recobrar su libertad. Llegado Sandoval dos leguas ántes de la ciudad, los méxica le salieron al encuentro en un llano cubierto de maizales y magueyes; combatiendo con su acostumbrada bizarría, resistieron dos cargas sucesivas de los jinetes, hirieron cinco castellanos, seis caballos, y mataron é hirieron buen número de aliados y de chalca. El valiente Sandoval pudo al fin desbaratarlos, haciéndolos retirar con pérdida. Quedaron en poder del vencedor ocho prisioneros, tres de ellos personas principales.

Siguiendo el alcance, quemando los caseríos encontrados en el tránsito, los castellanos prosiguieron hasta cerca de Chalco, saliéndolos á recibir los habitantes con fiesta y regocijo, aposentándolos muy cumplidamente. Los principales de la provincia que á los castellanos deseaban, eran segun las pinturas, Omecatzin, Itzauhuetzin, Necuametzin, Quetzalcoatzin, Citlaltzin y Yaozcuauheatzin, (2) quienes juraron paz y amistad á los blancos, reconociéndose por vasallos de D. Hernando Cortés como representante del rey de Castilla. Sandoval tornó á Texcoco trayendo á aquellos principales, y dos hijos de un señor recientemente muerto de viruelas, quienes se empeñaron en ver al Malinche para recibir de sus manos la investidura del mando que les pertenecía. Dijeron los muchachos, haberles encargado su padre al tiempo de morir, "que todos procurasen ser sujetos al gran rey de los teules, porque ciertamente sus antepasados les habían dicho, que habían de señorear aquellas tierras hombres que vernían con barbas de hacia donde nace el sol, y que por las cosas que han visto éramos nosotros." (3) Los chal-

(1) Bernal Díaz, cap. CXXXIX.—Cartas de Relac. pág. 198.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 9^a, MS.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXXIX.

ca dieron un presente de oro, repitiéronse por súbditos del rey de Castilla; por medio de los intérpretes Aguilar y Marina aceptó Cortés los ofrecimientos, acarició cuanto más pudo á los nuevos vasallos, y accediendo al deseo de los muchachos, dió al mayor el señorio de Chalco, con más de la mitad de los pueblos de la provincia, y al menor á Tlalmanaleco con Ayotzinco y Chimalhuacan. (1)

Los ocho prisioneros méxica fueron puestos en libertad por D. Hernando, mandando decir con ellos á Cuauhtemoc, se diese de paz para evitar la destruccion de los suyos y de su gran ciudad; le perdonaría á esta condicion los daños y muertes causados á los blancos y no le pediría ninguna cosa más; que no gastase el tiempo en balde haciendo albarradas y reparos, pues á los castellanos ayudaba el inmenso poder de su Dios, mientras él ya no tenía defensa, abandonado como estaba de toda la tierra. Cuauhtemoc no dió ninguna respuesta. (2)

Los señores de Chalco para regresar á sus tierras pidieron socorro de gente española, diólo Cortés, poniéndolo al mando de Gonzalo de Sandoval, á quien ordenó, que dejados los señores en sus provincias, fuese á Tlaxcalla para traerse á ciertos castellanos allá detenidos y al muchacho D. Fernando, hermano de Cacamatzin. (3) Era este príncipe hijo de Nezahualpiltzintli; sacado por Cortés de México durante la retirada de la Noche triste, en compañía de Cuicuitzcatl su hermano, fué conducido á Tlaxcalla en donde se aficionó mucho á los blancos, tornándose cristiano y tomando en el bautismo el nombre de D. Fernando Cortés: el general al venir á Texcoco dejole en Tlaxcalla con algunos castellanos. (4) Tomaba esta determinacion Cortés, por haber fallecido hacia este tiempo D. Fernando Tecocoltzin; en efecto, encontramos en el cronista real texcocano: "En el interin que sucedieron todas estas cosas, murió Tecocoltzin, el cual fué bautizado y se llamó D. Fernando, que fué el primero que lo fué en Texcoco, con harta pena de los españoles, porque fué nobilísimo y los quiso mucho. Fué D. Fernando Tecocoltzin muy gentil hombre, alto de cuerpo y muy blanco,

(1) Cartas de Relac. págs. 199—200.—Bernal Díaz, cap. CXXXIX.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXXIX.

(3) Cartas de Relac. pág. 201.

(4) Cartas de Relac. pág. 197—98.